

ECONOMÍA
MATILDE MAS

España y su baja productividad



MARAVILLAS DELGADO

El Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia y los fondos Next Generation EU persiguen el doble objetivo de acelerar, a corto plazo, la recuperación económica y social tras la covid-19 e incrementar, a medio y largo plazo, la capacidad de crecimiento de la economía. Descansan en dos instrumentos: inversión y reformas, y dos campos preferentes de actuación: digitalización y cambio climático. El *leitmotiv* que subyace a la gran mayoría de sus propuestas es la mejora decidida de la productividad en España, uno de los países desarrollados con peor comportamiento en esta variable desde hace décadas.

Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) fueron identificadas desde la década de los ochenta como el motor del crecimiento de la productividad. Sin embargo, desde principios del siglo XXI comenzaron a aparecer síntomas de agotamiento. Pronto hubo acuerdo en que los cambios introducidos por las TIC eran tan disruptivos que sus enormes ventajas no podrían aprovecharse si no iban acompañadas de inversiones adicionales, fundamentalmente en activos intangibles. Especialmente importantes son las inversiones en tres de ellos ya reconocidos por la contabilidad nacional: I+D, *software* y otros activos ligados a la propiedad intelectual, así como en cuatro más que añade la literatura reciente: diseño, imagen de marca, formación de los trabajadores a cargo de la empresa y mejora en el funcionamiento de las organizaciones. Habitualmente se achaca a la especialización productiva el mal comportamiento de la productividad. La OCDE destaca la importancia de la digitalización y sugiere abordar el problema clasificando los sectores en tres grupos según su relación con las TIC: 1. Productores; 2. Intensivos en su uso; y 3. Menos intensivos en su uso. En los tres grupos conviven sectores manufactureros y de servicios.

La información disponible para 11 países de la UE, EE UU y el Reino Unido permite

El problema se ve agravado, pero no solo, por el mayor peso económico de los sectores más tradicionales

analizar el papel de la digitalización desde esta doble perspectiva: la inversión realizada en TIC e intangibles, en combinación con la especialización en las tres categorías mencionadas. De la reciente publicación *Observatorio de productividad y competitividad* de la Fundación BBVA y el IVIE se pueden obtener las siguientes conclusiones. Primera, en todos los países la productividad del trabajo, tanto en niveles como en tasas de crecimiento, es significativamente mayor en el sector productor de TIC, seguido por el intensivo en su uso, y, en última posición, el menos intensivo. Segunda, el sector productor TIC es también el que más invierte en activos intangibles, seguido por el más intensivo en el uso de las TIC. Tercera, en el sector productor de TIC el progreso técnico es, en todos los países sin excepción, la principal fuente de crecimiento del valor agregado bruto (VAB), seguido en la mayoría de ellos por el capital intangible. Por su parte, los sectores menos intensivos en TIC son los que menos crecen, tanto en términos de VAB como de productividad.

En lo que se refiere a España, los resultados son desoladores, aunque no sorprendentes. Primero, España es, entre los países analizados, el que presenta menor peso del sector productor de TIC en el VAB (5,2% frente al 10,5% de EE UU). Por el contrario, es el país, junto con Finlandia, con mayor peso de los sectores menos intensivos. Segundo, España es el país que, tras Italia, ha experimentado las menores tasas de crecimiento de la productividad del trabajo. Tercero, es también el país que destina una menor proporción de la inversión a intangibles. Cuarto, el crecimiento en España se ha basado en el esfuerzo —en el capital tangible y el trabajo— y no en el progreso técnico. Este mal resultado se debe, en gran medida, a la muy negativa contribución del sector menos intensivo en el uso de las TIC.

En definitiva, España presenta un problema serio de productividad tanto en el total como en cada una de las tres agregaciones. Este se ve agravado, pero solo, por el mayor peso de los sectores más tradicionales, que son los que menos han sabido aprovechar las ventajas de la digitalización. A ello no es ajena la escasa inversión en intangibles, especialmente en I+D y en capital gerencial, activos claves para el crecimiento de la productividad.

Matilde Mas, Universitat de València e IVIE.

ENERGÍA / ALEJANDRO REYES

Riesgos en el mercado petrolífero

El mercado de petróleo permanece en el centro de la atención mundial. Y es así desde hace algunos meses por el inicio de la guerra entre Israel y Hamás, una confrontación que recuerda los momentos más difíciles de la industria petrolífera en los años setenta del siglo pasado; la guerra en Oriente Próximo, pese a persistir, no se ha extendido en la región y su efecto alcista en el precio del crudo tuvo una corta vida. Actualmente, las tensiones provienen de los ataques en torno al estrecho de Bab-el-Mandeb, ruta obligada para las mercancías comerciales que transitan entre Asia y Europa por el canal de Suez, protagonizados por rebeldes hutíes y cuyo objetivo

son activos comerciales y militares. A estos ataques le ha seguido la respuesta de Estados Unidos y el Reino Unido. La implicación de todas estas tensiones en el mar Rojo ha sido la necesidad de redirigir las rutas de comercio por Sudáfrica que tienen costes en tiempos y monetarios significativos, lo que ha llevado a un incremento superior al 100% del transporte marítimo en ese itinerario frente a finales de 2023.

Esta tensión también repercute en el precio del petróleo, que ha subido 6,4 dólares el barril de *Brent* (crudo de referencia para Europa) en lo que llevamos de año, considerando que el 10% del petróleo transportado de forma marítima pasa por el canal de Suez. Este impacto toda-

vía es limitado, pero eleva el riesgo sobre el mercado petrolífero, especialmente si este se convierte en un paso hacia un escalamiento mayor que involucre a Irán o se creen afectaciones en el estrecho de Ormuz, por donde transita cerca del 20% del petróleo global.

Hacia adelante, a los temas geopolíticos se suman el anuncio de la OPEP+ de mantener las restricciones de producción de petróleo que limitan la oferta y la reducción de producción voluntaria y unilateral de Arabia Saudí. Situación que, en un contexto de actividad económica resiliente, ha ayudado a reducir los excedentes del mercado y mantener el precio del petróleo. En nuestro escenario, así

como en el de la Agencia Internacional de la Energía (IEA por sus siglas en inglés), estimamos que las restricciones de oferta voluntarias aplicadas por Arabia Saudí comiencen a remitir en el segundo trimestre del año. Esta decisión se materializaría para evitar un sobreajuste del mercado y para esquivar que el peso de toda esta decisión recaiga en sus hombros y con cargo a sus ingresos. Con ello se impulsa la oferta y apoyaría la relativa estabilidad del precio del petróleo en 2024. Si no ocurre, el riesgo sería alcista.

Por lo tanto, esperamos para este año un precio promedio del petróleo *Brent* muy similar al observado en 2023, en torno a los 82,4 dólares por barril. Pero como anticipan los diferentes factores que rodean al sector, la incertidumbre seguirá siendo alta y podría haber un sesgo o riesgo al alza en esta previsión si se materializan alguno o varios de los potenciales riesgos.

Alejandro Reyes, de BBVA Research.